



methaodos.revista de ciencias sociales
E-ISSN: 2340-8413
coordinador@methaodos.org
Universidad Rey Juan Carlos
España

Hormigos Ruiz, Jaime; Oda Ángel, Francisco
Identidades culturales en un mundo en movimiento. Reflexiones desde la sociología
methaodos.revista de ciencias sociales, vol. 2, núm. 2, noviembre, 2014, pp. 244-255
Universidad Rey Juan Carlos
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=441542972007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Identidades culturales en un mundo en movimiento. Reflexiones desde la sociología

Cultural identities in a moving world. Considerations from sociology

Jaime Hormigos Ruiz

Universidad Rey Juan Carlos, España.
jaime.hormigos@urjc.es

Francisco Oda Ángel

Instituto Cervantes, España.
dirgib@cervantes.es

Recibido: 18-09-2014
Aceptado: 07-11-2014



Resumen

En las sociedades modernas, el territorio era la principal garantía de seguridad. Así, se establecían medidas de seguridad en función de la extensión y las particularidades del espacio controlado. El poder era territorial y los límites determinados generaban un espacio fronterizo que era posible impermeabilizar para impedir la intrusión de todo aquello que cuestionara la forma de vivir de una comunidad. Este artículo analiza los cambios que se han producido en esta forma de entender la estructura social y simbólica en un contexto de transformaciones continuas, marcado por la dinámica que dicta el imparable proceso de globalización, que reabren un debate en busca de puntos de encuentro entre las diferentes formas de interpretar el mundo, nuestras sociedades y las diversas relaciones interpersonales que se establecen en los nuevos escenarios colectivos.

Palabras clave: frontera cultural, globalización, identidad, integración cultural, migraciones.

Abstract

In modern societies, the territory was the main guarantee of security for individuals. These societies designed their security measures depending on the size of the territory. In this context, the power was territorial and space boundaries of a society that could be adjusted to prevent the entrance of anything that threatened the lifestyle of a society. In this paper we analyze the changes that have occurred in this way of understanding the social structure. Today, the process of globalization has generated profound changes in social and symbolic structures of our societies, creating a debate that tries to find points of convergence between the different ways of interpreting the world, our societies and relationships that are established in new collective places.

Keywords: Cultural Border, Cultural Integration, Globalization, Identity, Migrations.

Sumario

1. Introducción | 2. Antecedentes teóricos: el discurso identitario en la perspectiva sociológica | 3. Un mundo en movimiento | 4. Movimientos migratorios y diversidad cultural | 5. Conclusiones: identidad móvil e integración en las sociedades multiculturales | 6. Algunas ideas para continuar el debate | Referencias bibliográficas
-

1. Introducción

La definición de los nuevos ámbitos de interacción que marca la globalización como proceso abierto aparece como una de las principales preocupaciones de la disciplina sociológica contemporánea. Tal y como podemos seguir en el planteamiento de autores básicos para el pensamiento sociológico actual, tales como Habermas (2002), Sennett (2003), Morin (2009) o Bauman (2013), es necesario intentar buscar diferentes puntos de encuentro que nos den una definición lo más precisa posible sobre las formas o perspectivas que los seres humanos tenemos de interpretar el mundo, nos ayuden a definir la configuración de las sociedades contemporáneas y nos sirvan de pilares sobre los que construir las normas básicas de convivencia en un mundo profundamente desigual. Con el desarrollo de las dinámicas de la globalización, apoyadas en el imparable desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación, nos hemos visto expuestos a un proceso de cambio y transformación continuo que ha derivado en una crisis profunda de las instituciones sociales que afecta, directamente, a las políticas de bienestar social que en otro tiempo marcaron pautas de interacción esenciales para la modernidad.

La globalización impacta en todas las dimensiones de la vida social, por lo que es necesario analizarla como un fenómeno social total de enorme alcance y repercusión. Frente al modelo clásico de definir una identidad social gestada en un plano micro de la vida social, el proceso de globalización diseña para el individuo un tipo de identidad móvil que acepta y se desprende de los elementos que la configuran a medida que nuestro mundo se hace más interdependiente. De este modo, hoy nos encontramos expuestos a una convulsión identitaria que ha liberado diferentes procesos que deben ser analizados desde una nueva visión sociológica. Nunca como hasta ahora habíamos tenido un conocimiento tan desarrollado de los elementos centrales y esenciales de las distintas culturas y civilizaciones, ni habían sido tan claras sus diferencias. Como señala Huntington (2001), por primera vez en la historia, la política global se ha vuelto multipolar y multicivilizacional. La sociedad actual diseña espacios dónde el contacto con otras culturas es una constante, acentuada por la cercanía de la diversidad y el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación. Esa proximidad espacio-temporal de la diversidad ha despertado desde hace un tiempo una cierta inquietud, y la premura por conocer dónde está y quién es cada uno.

El territorio fue durante toda una época la principal garantía de seguridad, las medidas de seguridad se pensaban e implementaban en términos de extensión y las particularidades del territorio controlado. El poder era territorial; e igualmente era territorial la privacidad que liberaba de toda interferencia de ese poder. El espacio propio era un espacio con fronteras que era posible ajustar e impermeabilizar; así se podía impedir la intrusión, y regular y controlar estrictamente la entrada. Aunque todo eso se acabó hace bastante tiempo con el desarrollo del proceso de globalización, el mundo occidental ha sido consciente de ello a partir del 11 de septiembre de 2001. Los hechos del 11 de septiembre dejaron claro que ya nadie, por más rico en recursos, distante e independiente que sea, puede entender su realidad sin contar con el resto del mundo (Bauman, 2004: 114). Hoy parece obvio que el sistema global no genera sólo una creciente deslocalización productiva. También provoca grandes flujos migratorios de distintas procedencias. La necesidad de salir de la pobreza y la esperanza de un futuro mejor suscita el espíritu emprendedor migratorio y hace que América Latina, África y Asia se conviertan, junto con la Europa del Este, en la fuente continúa de personas que buscan en las zonas ricas de Europa y América las oportunidades de vida y de trabajo que no les ofrecen sus países. Ante esta presión creciente de la inmigración y respondiendo a las demandas de los ciudadanos que ven cuestionados sus símbolos, normas y valores, los gobiernos de las economías más potentes del planeta intentan preservar su forma tradicional de vida, elevando barreras, incrementan las medidas policiales y generando políticas migratorias que impidan llegar al "diferente". Sin embargo, la tendencia a la multietnicidad y la multiculturalidad de las sociedades más avanzadas del planeta es una dinámica ya irreversible, por varias razones: en primer lugar porque millones de los que se llaman inmigrantes en Europa y EE.UU. son nacidos en esos países y tienen arraigado un sentimiento de identidad con los valores culturales de estas sociedades, además, como su tasa de natalidad es más alta que la de las poblaciones autóctonas, su peso demográfico se va incrementando. En segundo lugar, para las economías más potentes sigue siendo necesario la inmigración para paliar el declive de su población, mantener el crecimiento económico y reducir la tasa de dependencia de inactivos sobre activos que, de seguir incrementándose, haría difícil mantener las redes de protección que se han ido tejiendo durante años (Castells, 2006: 224).

El conflicto de identidades culturales como obstáculo para la integración de los inmigrantes, o como riesgo para las relaciones de cooperación; el conflicto entre la globalización de la información y las respuestas identitarias, o la reafirmación de nacionalismos identitarios como reacción a la homogeneidad que parece comportar la globalización, son hoy día objeto de análisis y reflexión sociológica. Es en este ámbito, el de la identidad, ligada a la cultura y a la civilización, en el que se plantea el debate sobre orden y desorden mundial, riesgos y posibilidades (Millán, et al., 2005) Un debate que gira entre lo que realmente somos, lo que la mundialización cultural ha hecho de nosotros, es decir, seres tejidos con hilos de todos los colores que comparten con la gran comunidad de sus contemporáneos lo esencial de sus referencias, de sus comportamientos, de sus creencias, y lo que creemos que somos dentro de un mundo que progresá, económica, cultural y socialmente, siguiendo distintas velocidades (Maalouf, 2012: 119).

2. Antecedentes teóricos: el discurso identitario en la perspectiva sociológica

Las preguntas de quiénes somos, cómo nos definimos, cómo ajustamos nuestro comportamiento individual al escenario colectivo de acuerdo con nuestras creencias y hasta qué punto influye el entorno social en las respuestas a cada una de esas preguntas supone, hoy en día, un importante reto para la teoría sociológica. La identidad es un sentimiento importante, sobre todo en un mundo globalizado en el que flujos de poder, de dinero y de comunicación hacen depender nuestras vidas de acontecimientos incontrolados y decisiones poco definidas. La pertenencia a ese algo identitario proporciona sentido y seguridad y, a la vez, crea un escenario social compartido, un lenguaje común, un mundo propio desde el que se puede vivir con más tranquilidad en un periodo de cambios continuos (Castells, 2006: 239).

La cuestión de la identidad, la conciencia colectiva o el sentimiento de pertenencia a la comunidad, han sido unos de los temas más complejos y difusos de cuantos interactúan en el ámbito sociológico, y eso ha obligado a infinidad de investigadores a profundizar en sus raíces. En este apartado queremos contribuir a desvelar qué tipo de identificación es atribuible a la compleja sociedad global, a conocer los entresijos que sustentan dicha identificación y a contribuir a su delimitación. Para ello, pretendemos exponer algunas reflexiones teóricas nacidas de los diversos campos del saber, fundamentalmente de la sociología. Rousseau trabajó con el término "voluntad general" y Comte con el de "consenso" y ambos autores influyeron de manera determinante en la obra de Durkheim, quien definió la conciencia colectiva como el estado representativo, cognitivo y emocional que abarca, además de a la persona en sí, a todos los individuos de los grupos, así como a los intereses y valores culturales (Durkheim, 1988). Es decir, podría definirse la conciencia colectiva como el conjunto de representaciones colectivas, como valores, creencias y sentimientos comunes, así como rituales, costumbres, clasificaciones, leyes y normas compartidos, que facilitan la vida colectiva y que forman un sistema coordinado y coherente para los miembros de un grupo, y que además, contiene un sentido para ellos ya que define sus relaciones recíprocas.

La conciencia colectiva se genera en coyunturas sociales especiales de convulsión emocional, tiene su base en una doble naturaleza, individual y social, de la conciencia humana, expresa los estados colectivos en forma de representaciones y tiene por función regular (normas) e integrar (ideales) las sociedades de todo tipo. La conciencia colectiva era la forma más alta de la vida psíquica, ya que es una conciencia de conciencias que queda colocada fuera y por encima de las contingencias individuales y locales. Desde esta perspectiva durkheimiana, la conciencia colectiva anula la conciencia individual. De manera que todos los miembros de una cultura pensamos, sentimos y obramos de acuerdo con las prescripciones del colectivo, por lo que la conciencia colectiva es tanto la conciencia de las conciencias como la coacción de las instituciones sociales. En este sentido, Durkheim afirmaba que los hechos sociales son radicalmente distintos de los hechos individuales que los constituyen. Mediante esta concepción determinista es evidente que todo hecho social no se explica por fenómenos preexistentes, de ahí que los individuos interioricen esos fenómenos y orienten su acción. Esta visión pone de relieve las obligaciones que pesan sobre las personas y que las empujan a actuar en un sentido o en otro. La identificación del hecho social con la obligación es igual a afirmar que la obligación se revela como coerción, es decir, la fuerza de resistencia que ésta opone a aquel que quiere ignorarla. De esta manera, los elementos que componen la conciencia colectiva son los hechos externos a los individuos interiorizados por las personalidades individuales.

Esta perspectiva, que afecta a la concepción misma de la personalidad, enlazó con los creadores del interaccionismo simbólico, en especial con Mead y Cooley. Pero esta concepción determinista de la conciencia colectiva fue seguida por Parsons (1951), que especificó la identificación como una recuperación por cuenta propia de los valores de un modelo que engloba al conjunto de expectativas que comparten los miembros de una sociedad. En este mismo sentido, Tönnies (1979), al hablar de comunidad, quiso evidenciar que en las relaciones comunitarias el sentimiento de pertenencia al grupo se impone sobre el pensamiento y las acciones de las personas, creando una solidaridad mecánica que garantiza la cooperación de cada miembro y la unión del grupo. Así, el individuo no actúa solamente por sus propios intereses, sino en función de normas interiorizadas.

De esta manera, el concepto identidad es, para algunos autores, el resultado de una doble operación lingüística: diferenciación y generalización. La diferencia es la que incide en la singularidad de algo o alguien en relación con los otros. En este caso la identidad es la diferencia. Diferencia que tiene que basarse forzosamente en unos rasgos únicos que sirven de marcadores a los miembros del grupo para poder distinguirse y diferenciarse de los otros. Así, la identidad exhibe cierta cantidad de rasgos distintivos que son consensuados por los individuos que forman parte del grupo (Habermas, 2002). Éste es el significado de la diferenciación o también el de la distinción aplicable al grupo cuando se contrapone a otros grupos. Por su parte, la generalización busca definir el nexo común a una serie de elementos diferentes de otros: la identidad es la pertenencia común. En realidad, estas dos operaciones lingüísticas caen en una clara contradicción: lo que hay de único es lo que hay de compartido. Pero la identidad se genera para alguien, para el otro. No hay identidad sin alteridad, ambas se necesitan y se refuerzan mutuamente. La identidad como diferencia es generada por colectividades que llevan implícita la noción de territorio y una historia común unida al mismo (Morin, 2009). Los rasgos distintivos generadores de identidad colectiva se basan en costumbres, formas de organizarse y en la historia social de la población. Todas estas formas de identificación van acompañadas de rasgos como una historia común vivida por los miembros del grupo social (la vivencia de la historia común es uno de los rasgos más utilizados para marcar las distancias con el otro), la lengua, la cultura (aunque con rasgos claramente de hibridación identitaria), religión y organización política, económica y social diferenciada. La combinación específica y única de todos estos elementos determina la identidad colectiva manejada por los inmigrantes como marcadores de distinción frente a la alteridad (Berger y Huntington, 2002).

Este sistema distintivo se activa al entrar en interacción con "los otros". El continuo contacto con "los otros" hace que la secuencia de activación sea casi permanente, lo que provoca que la cuestión de la identidad sea una de las más importantes en el desarrollo de la vida cotidiana de estos ciudadanos. La cuestión de quiénes somos y, sobre todo, la insistencia en evidenciar que "somos diferentes" se convierte, en ocasiones, en algo obsesivo. Además, estos rasgos son concebidos como distintivos, debido a que uno de los procesos de formación y perpetuación de la identidad colectiva radica precisamente en que se expresa en contraposición a otro u otros grupos con respecto a los cuales se marcan las diferencias. Por ello, la definición que los actores sociales hacen de sí mismos en cuanto que grupo, etnia, nación, etc., en términos de un conjunto de rasgos que supuestamente comparten todos sus miembros, se presentan objetivados.

La consecuencia de este proceso es la aparición del "nosotros" frente a "ellos", la disputa entre *ingroups* y *outgroups*, que se prolongará y reproducirá a través de la socialización a lo largo de toda la vida de los miembros del grupo. En este sentido, la fenomenología de Schütz denuncia la necesidad de comprender la realidad social a través de la interpretación subjetiva del sentido que establece el agente social de sus propios actos. Para Schütz (1993), el mundo de la experiencia cotidiana es el marco predeterminado, que es aceptado por el sentido común. Es así como el actor advierte que su realidad existe y es tan visible para él como para los otros; de modo que él mismo condiciona la interpretación del mundo (convertido en su mundo) a su experiencia personal inmediata en un espacio y un tiempo determinado. El individuo reestructura el escenario de la acción social según un "aquí y ahora" actual. Esta visión de la identidad establece una relación entre el desarrollo personal y el medio social en el que están inmersos los individuos y los colectivos. De esta manera, la identidad sólo se puede explicar desde la formación socio-histórica de un determinado grupo, en una determinada situación y frente a otros colectivos. Así, entendemos que la identidad es, en sí misma, un proceso en continuo movimiento, en continua elaboración y transformación. Pero si el individuo no se concibe sin el medio, éste necesita interaccionar con otros para definir su propia identidad. Llegando a concluir que la identidad sólo toma

sentido cuando se verifica a través de la interacción con otras identidades y mediante el reconocimiento intercolectivo.

La identidad colectiva es, por tanto, la expresión del sentimiento de pertenencia a un grupo que contiene elementos de diferenciación étnica, histórica, cultural, religiosa, política, etc. Alrededor de esta identidad colectiva surgirán toda una serie de símbolos que contribuirán a la consolidación y a la transmisión de los rasgos distintivos del grupo identitario. Este proceso posibilita la aparición del imaginario colectivo, que se hace presente en el grupo a través de un conjunto de símbolos sociales compartidos por todos sus miembros desde la óptica de realidades vividas y experimentadas. La realidad pasa a construirse desde una visión afectiva de la vida compartida que compromete la conducta del individuo ante el conjunto de las imágenes simbólicas y las representaciones míticas de su entorno social. La vida social comienza a depender, en gran medida, de los impulsos sentimentales de sus integrantes y por esta razón tiende, principalmente, al carácter irracional de los comportamientos humanos. El imaginario colectivo se convierte en una especie de ente unificador que se extiende a todos los aspectos de la cultura y que confiere carácter propio al grupo: los himnos, banderas, expresiones externas, formas de vestir y cualquier elemento que sirva para distinguirlos de otros grupos e identidades. Estos elementos identitarios ejercen una fuerza de atracción muy grande que tiende a aproximar y a identificar a los miembros del grupo con el grupo en sí, y en consecuencia, a diferenciarse de "los otros". Sólo desde esta perspectiva, las identidades son fuente de sentido para los propios actores y son construidas por ellos mismos mediante un proceso de individualización.

Por todo lo expuesto anteriormente, se pone de manifiesto cómo los cambios en las estructuras sociales, jurídicas y económicas están afectando a la formación de la identidad y la ciudadanía en las sociedades multiculturales que aparecen como consecuencia del desarrollo de la globalización. En este sentido, el nacionalismo y la identidad nacional han sido analizadas desde dos perspectivas diferenciadas: la visión esencialista y la visión sociológica. La visión esencialista mantiene que la nación es una entidad histórica con presencia real. Por el contrario, la perspectiva sociológica entiende que la nación es una construcción humana, ya que no hay rasgos específicos que la definan como tal, es ante todo una comunidad "imaginada", es decir, una construcción cultural (Habermas, *op. cit.*). Por tanto, adhiriéndonos a la segunda perspectiva, la nación sería una construcción propia de unas formas culturales específicas, creada en un momento histórico concreto y bajo unas condiciones sociales dadas. Partiendo de esta concepción entenderíamos que la identidad es fruto de esta comunidad imaginaria. La identidad específica sería una construcción y no un rasgo consustancial al ser humano. Así, el grado de identificación con una nación estaría en función de ciertos condicionantes sociales y culturales.

Ahora bien, las sociedades multiculturales pisan un terreno en el que la construcción de identidad es mucho más compleja. Los condicionantes sociales que en una cultura construyen la identidad de modo automático, se encuentran con los condicionantes de las demás culturas. A esto se suma que la identidad se construye fundamentalmente en el terreno del "sentido común", es decir, que la identidad se negocia en el ámbito de la vida diaria. Y la vida diaria, en el caso de las sociedades interculturales, se plantea como una continua coexistencia con el otro, con la diferencia y con otros modos de vivir la identidad. Así pues, la identidad es una construcción que fluctúa entre pautas sociales y culturales generales que tienden a crear una identidad unitaria y fuerte y la negociación de dichas pautas en el terreno de la vida diaria. En las sociedades multiidentitarias, la respuesta a esta multiplicidad puede ser: (a) rechazo y utilización del otro para construir su propia pauta de identidad, aferrándose a un sentimiento identitario muy fuerte, aunque sea imaginario e irreal; o (b) laxitud en la identidad, con una construcción en estratos identitarios. En todo caso, dichas respuestas producen movimientos sociales marcados que hacen que dichas sociedades funcionen como minilaboratorios con un proceso de cambio social acelerado.

3. Un mundo en movimiento

Desde el nacimiento de la humanidad, los seres humanos han migrado. Los éxodos y las corrientes migratorias siempre han sido parte integrante, así como importante factor determinante, de la historia humana. Los desplazamientos intercontinentales de gran magnitud comenzaron en el siglo XVI con la expansión de Europa y los asentamientos en las colonias. En los últimos dos siglos, se ha producido un aumento de los movimientos migratorios sin precedentes, debido principalmente a la globalización

económica y sus efectos sobre el intercambio de mano de obra. Si bien, los movimientos de población en busca de esta dinámica económica del proceso de globalización toman forma, en su gran mayoría, de migraciones internas, el número de migrantes internacionales, entendiendo por tales las personas que viven en un país diferente al suyo, ha alcanzado una magnitud significativa. En el año 2009, en plena crisis económica mundial, la oficina de Población de las Naciones Unidas situaba esta cifra en casi 200 millones de personas.

La migración internacional es un componente básico en el proceso de globalización en el mundo de hoy. Puede desempeñar un papel fundamental en la promoción del desarrollo y la reducción de la pobreza. Ofrece beneficios evidentes, que podrían ser realizados, y desventajas, que podrían ser minimizadas. No obstante, muchas cuestiones relativas a la migración son complejas y delicadas. La introducción de personas pertenecientes a una cultura en otra cultura diferente tiende a suscitar recelos, temores y en el peor de los casos rechazo y xenofobia. En los últimos años se ha producido un pronunciado cambio en las características generales de la migración debido, principalmente, al auge de nuevas formas de convivencia en ciudades ligadas por naturaleza a la economía mundial y a los cambios que han provocado las tecnologías de las comunicaciones y del transporte que han alterado la estructura de los lugares donde la gente acostumbraba a vivir, la manera en que se ponían en contacto entre sí y el modo de intercambio de bienes (Sennett, 2006). Actualmente, todos los países presentan movimientos de población significativos, o bien como países de origen, o bien como países de tránsito o de destino. En los últimos 50 años, se ha duplicado el número de personas que viven fuera del país del que son oriundos. Actualmente, las mujeres constituyen casi la mitad de todos los migrantes y predominan en las corrientes migratorias hacia los países desarrollados (Uña y Oda, 2007: 66).

La migración puede ser voluntaria o forzada. Los migrantes, en su mayoría, se desplazan por razones económicas, de trabajo, buscando la reunificación familiar, etc. La demanda de migrantes laborales, es decir, quienes buscan mejores oportunidades económicas en el extranjero, ha sido un importante factor en el aumento de la migración hacia los países desarrollados. Con respecto a este grupo, hay que señalar el papel potencial de la migración en la promoción del desarrollo y la reducción de la pobreza, especialmente dados los notables efectos que tienen en los países de origen las remesas financieras y otros beneficios. En cambio, al referirnos a los desplazamientos internacionales, especialmente cuando afectan a mujeres y niños, la migración forzada y la trata de seres humanos, son los aspectos que generan más vulnerabilidad.

4. Movimientos migratorios y diversidad cultural

El expansionismo europeo de siglos pasados dio inicio a un movimiento de población a gran escala que ha constituido la base de muchas sociedades multiculturales del mundo. Sin embargo, desde la aparición de esas primeras olas migratorias globales, las poblaciones humanas han seguido interactuando entre sí y mezclándose de un modo que ha configurado de manera decisiva la composición étnica de muchos países. Aunque la emigración no es un fenómeno nuevo, sí parece que se está acelerando dentro del proceso de integración global. Las pautas migratorias en todo el mundo pueden verse como un reflejo del rápido cambio que se está produciendo en los vínculos económicos, políticos y culturales que existen entre los países.

La inmigración, el desplazamiento de personas a otro país para asentarse, y la emigración, el proceso por el cual la gente deja su país para asentarse en otro, se combinan para producir pautas migratorias globales que vinculan a los países de origen y a los receptores. Los movimientos migratorios aumentan la diversidad cultural de muchas sociedades y ayudan a configurar dinámicas demográficas, económicas y sociales. La intensificación de la emigración global, sobre todo en las últimas dos décadas, ha hecho que la inmigración se convierta en un importante problema político para muchos países. El aumento de los índices de inmigración en muchas sociedades ha puesto en entredicho las ideas de identidad nacional más habituales y ha obligado a revisar el concepto de ciudadanía.

Al describir los principales movimientos de población globales que se han producido desde 1945, podemos identificar cuatro modelos de emigración:

- El modelo clásico que se aplica a países como Canadá, Estados Unidos y Australia, que se han desarrollado como "naciones de inmigrantes". En esos casos, la inmigración ha sido principalmente un fenómeno fomentado, y la promesa de ciudadanía se ha extendido a los recién llegados, aunque las restricciones y las cuotas ayudan a limitar el flujo anual de inmigrantes.
- El modelo colonial de inmigración, que representan países como Francia y Gran Bretaña, que tiende a favorecer la entrada a los inmigrantes de las antiguas colonias más que a los de otros países.
- El tercer modelo, el del "trabajador invitado", es el seguido por países como Alemania, Suiza y Bélgica. Los inmigrantes son admitidos en el país de forma temporal, frecuentemente para responder a las demandas del mercado de trabajo, pero no acceden a los derechos de ciudadanía incluso después de un largo período de asentamiento.
- En cuarto lugar se pueden señalar los modelos irregulares de inmigración que se están haciendo cada vez más habituales, debido al endurecimiento de las leyes que regulan la emigración en muchos países industrializados. Con frecuencia, los inmigrantes que consiguen entrar en un país, bien de forma clandestina o bien utilizando un estatus de "no inmigrante", se las arreglan para vivir de manera irregular al margen de la sociedad oficial.

Pero, ¿cuáles son las fuerzas que impulsan la emigración mundial y cómo están cambiando a consecuencia de la globalización? Anteriormente, muchas teorías sobre la emigración se centraban en los llamados factores que empujan y tiran. Los que "empujan" eran las dinámicas que se producían dentro de cada país de origen y que llevaban a las personas a emigrar, entre ellos la guerra, las hambrunas, la opresión política o las presiones demográficas. Por su parte, los que "tiran" eran aquellos que, dentro de los países receptores, atraían a los inmigrantes: por ejemplo, unos mercados laborales prósperos, unas mejores condiciones de vida generales y una menor densidad de población eran factores que podían "tirar" de los inmigrantes procedentes de otras zonas. En los últimos tiempos, este tipo de teorías han sido muy criticadas por dar explicaciones demasiado simplistas a un proceso complejo y múltiple. En cambio, los estudiosos de la emigración cada vez se centran más en las pautas migratorias globales, considerándolas sistemas que se generan mediante la interacción de procesos macro y micro. Los factores de nivel macro hacen alusión a cuestiones tales como la situación política de la zona, las leyes y normativas que controlan las migraciones o los cambios que registra la economía internacional. Los factores de nivel micro tienen que ver con los recursos, conocimientos e interpretaciones de las propias poblaciones emigrantes.

Al examinar las tendencias actuales que definen las características que presenta la emigración global y que se van a mantener en los próximos años, podemos destacar como puntos fundamentales los reflejados en el Cuadro 1.

Cuadro 1. Tenencias actuales de las migraciones globales.

Tendencias	Características
<i>Aceleración</i>	Las migraciones que cruzan las fronteras son más numerosas que antes.
<i>Diversificación</i>	En la actualidad, la mayoría de los países recibe a varios tipos de inmigrantes, frente a variantes anteriores en las que predominaban tipos de movimientos migratorios como los de trabajadores o los de refugiados.
<i>Globalización</i>	La emigración tiene ahora un carácter más global, que afecta a un mayor número de países, como emisores y como receptores.
<i>Feminización</i>	Aumenta el número de mujeres emigrantes. Este aumento del número de mujeres está estrechamente vinculado con los cambios en el mercado laboral global

Fuente: Elaboración propia.

La emigración global también puede entenderse estudiando las diásporas. Este término define la dispersión de un determinado grupo étnico desde su región de origen hasta otras zonas extranjeras, con frecuencia de manera forzada o en circunstancias dramáticas. Aunque los miembros de una diáspora, por definición, están diseminados geográficamente, los mantienen unidos factores como una historia común, la memoria colectiva de la patria de origen o una misma identidad étnica que se cultiva y preserva. Las diásporas tienen lugar de diferentes formas en función de las fuerzas subyacentes en la dispersión de la población originaria: víctima (por ejemplo, la de los africanos), imperial (la de los británicos), laboral, comercial (la china) y cultural. Sin embargo, a pesar de los diversos tipos, todas las diásporas comparten ciertos rasgos clave, todas ellas suponen: a) Un movimiento forzado o voluntario que va desde la región de origen hasta una nueva región o regiones. b) Una memoria compartida sobre la región de origen, el compromiso de preservar dicha memoria y la creencia en un posible retorno. (c) Una fuerte identidad étnica que se mantiene en el tiempo y la distancia. d) Un sentido de solidaridad hacia los miembros del mismo grupo étnico que viven en otras áreas de la diáspora. e) Certo grado de tensión respecto a las sociedades de acogida. Y f) un potencial para realizar aportaciones valiosas y creativas a sociedades de acogida pluralistas.

5. Conclusiones: identidad móvil e integración en las sociedades multiculturales

Las migraciones modernas están transformando el concepto monocultural y estático de las sociedades receptoras en auténticas culturas nuevas, porque no se trata, como ocurrió en otros períodos históricos, de un desplazamiento con perspectiva de retorno, sino de la construcción de un nuevo espacio intercultural común. A diferencia de las migraciones que se producían en el pasado, el emigrante actual tiende a establecerse en el país de destino de forma definitiva y solicita la reagrupación familiar con claras consecuencias para éste y para el país de procedencia. Por lo que la emigración no debe considerarse únicamente como un proyecto personal, sino como parte de un proyecto global cuyas consecuencias se reflejan en el plano económico, político, social y cultural de todo el planeta. Ahora bien, la gran cuestión para muchos países es si se debe exigir respeto y adaptación a la sociedad receptora por parte de los inmigrantes, o si se va a poner en peligro la especificidad de la cultura propia del país receptor. ¿Qué tradiciones se deben conservar y cuáles no? La respuesta a esta cuestión se debate en el espacio público, donde construimos un nuevo discurso sobre metáforas del pasado que poco a poco da forma a un concepto de identidad móvil.

Durante gran parte de los siglos XIX y XX, "asimilación" vinculaba la integración mediante la identificación de los ciudadanos con el ideal de una cultura idéntica para todos, el cual subraya que todos los individuos son iguales en el espacio público, sin que las diferencias puedan importar fuera de la vida privada. En la práctica esto significaba que a menudo se ejercía presión sobre los inmigrantes para que abandonaran su identidad, es decir, se deshicieran de su bagaje cultural antes de entrar al país de destino. En la última parte del siglo XX, este enfoque se tornó insostenible y se comenzó a aceptar, de una forma muy básica, el multiculturalismo: la idea de que, si bien todos los ciudadanos han de adoptar un conjunto común de valores e ideales, al mismo tiempo pueden mantener sus características étnicas y sus creencias culturales distintivas en el ámbito de su vida privada. En su tipología ideal, el multiculturalismo asegura que todos los ciudadanos puedan mantener sus identidades, conservar los rasgos fundamentales de su cultura de origen y tener un sentido de pertenencia a la cultura receptora. En la práctica, sin embargo, el multiculturalismo ha sido interpretado de muchas maneras diferentes y se ha aplicado en diversos contextos nacionales con distintos grados de éxito.

Al margen de otros elementos, la llegada de inmigrantes con vocación de asentarse en el país receptor cuestiona la idea de una identidad cerrada que entiende que la sociedad debe ser igual siempre. Ahora bien, debemos ser conscientes de que en la sociedad global se producen día a día nuevos hechos e interacciones, que unidos al fenómeno de la inmigración, cuestionan y redefinen nuestra identidad. Los inmigrantes aportan su riqueza cultural, sus creencias, su ética, sus costumbres. Reconocer la existencia de otras culturas (multiculturalidad) es el principio del proceso, no el fin; es la metodología para construir una identidad integradora compartida por todos. Sin embargo, el multiculturalismo cae en la pretensión de la simetría cultural, ignorando la dialéctica intercultural y el diferente peso de cada cultura. Se convierte en la respuesta "políticamente correcta" ante el desconocimiento y la incertidumbre generada por el fenómeno

de la migración y suele ocultar más desdén que ánimo integrador. En algunos casos se pretenden crear islas de identidad, como por ejemplo los hispanos en Estados Unidos o la población China en algunas ciudades de España. Esta pretensión es, sin duda, el gran escollo para su integración y genera desconocimiento que da paso al miedo y al rechazo de la población nativa. En otros casos ni siquiera se acepta la multiculturalidad.

Toda inmigración supone la existencia de prejuicios. Ser diferente no significa ser mejor ni peor, pero hay que aceptar la diferencia y eso no ocurre siempre. En este sentido, los grupos de referencia son claves en la integración y desempeñan un papel central para amortiguar el impacto que supone la incorporación a una nueva sociedad y a un nuevo país. En el caso de los niños y más aún de los adolescentes, la garantía de su integración pasa por la integración con éxito de los padres. Los ámbitos de integración se deben construir a partir de las experiencias cotidianas en la escuela, en la vecindad, el grupo de amigos, el lugar trabajo, etc. Para que el intercambio cultural funcione en estos ámbitos es necesario que se establezcan acciones y políticas para facilitar el intercambio. La pérdida de referentes, religiosos, familiares, de costumbres, normativos, y en general la pérdida de todo un patrimonio cultural contribuye a generar en el emigrante una fuerte sensación de desamparo y desorientación que puede desembocar, si no se facilita su integración, en pérdida de autoestima, resentimiento y animadversión hacia la sociedad receptora.

La integración es uno de los principales desafíos que plantea la emigración internacional. Los Gobiernos de los países receptores deben fomentar la creación de espacios para la convivencia, promover la tolerancia y el respeto mutuo, así como crear oportunidades para el enriquecimiento social y cultural que propician los emigrantes. Ahora bien, el proceso de integración social del inmigrante se presenta en nuestras sociedades cargado de indeterminación y de ambigüedad. La integración, como proceso dinámico, debería servir para que el inmigrante fuera reconocido como miembro de una sociedad y, de este modo, pudiera entrar a participar, al menos en un nivel mínimo, en los indicadores de bienestar social alcanzados en un determinado país. Sin embargo, los modelos de integración que se han desarrollado entorno al inmigrante no han funcionado ya que, si bien se acepta su participación en la vida económica de una sociedad para dar continuidad a sectores económicos en crisis o deficientes en mano de obra local, se rechaza su participación en la configuración cultural de la misma.

Para que la integración sea plena, debemos comenzar por generar una verdadera identidad cultural colectiva. La identidad cultural es el lugar donde encontramos la cultura como subjetividad, donde la comunidad se piensa como sujeto de manera dinámica y dentro de un proceso continuo. Es decir, la identidad cultural supone una mediación incesante entre tradición y renovación, permanencia y transformación, emoción y conocimiento (Hormigos, 2010: 94). En el mundo de la globalización, el concepto de identidad, se torna fundamental. Los individuos hacen frente a los cambios generados por la dinámica de la sociedad a través de la creación de la identidad colectiva, entendida como el conjunto de cualidades en las que un grupo de individuos se ven intrínsecamente reconocidos y que generan un sentimiento de pertenencia compartido, mediante el cual es interpretada y definida una determinada parcela de la realidad, orientando las acciones, individuales y sociales, de todos aquellos que comparten dicho sentimiento. Por tanto, la identidad no algo innato en el individuo, sino que aparece como un instrumento de integración construido a partir de la acción social de los individuos que comparten un mismo escenario. Mediante este instrumento hacemos inteligible el mundo que nos rodea. Además, como instrumento construido socialmente a partir de la interacción, no aparece como un concepto estático, sino que se define y redefine constantemente en función de las necesidades de un contexto social dado.

Ahora bien, si el individuo es un ser social que necesita a los demás para formar su personalidad y aprender las pautas culturales necesarias para convertirse en miembro de una sociedad, ¿Por qué no es tan sencillo construir esta identidad colectiva sobre la base de la convivencia?, ¿por qué el conflicto cultural que supone un obstáculo para la integración aparece con tanta facilidad dentro de nuestras sociedades? Debemos tener presente que los cambios culturales que se originan como consecuencias de los procesos dinámicos que trae consigo la globalización cuestionan las identidades comunitarias tradicionales y están provocando la aparición de ideologías esencialistas que nos invitan a aceptar o rechazar las culturas como un todo compacto sin creer en el diálogo intercultural. Esta forma de pensar parte de la idea equivocada de que la identidad no se puede negociar o compartir, sino tan solo imponer y defender. Sobre la base de estos esencialismos culturales se construye el modelo de seguridad que triunfa en las sociedades más avanzadas del planeta y que busca blindar el espacio conocido para no permitir la entrada a todo aquel

que cuestione los elementos identitarios que se crearon en un pasado que ahora se torna mítico e imaginado. Este esencialismo cultural se manifiesta en comportamientos racistas y xenófobos, y está en la base de los fundamentalismos o de los nuevos nacionalismos.

Como respuesta a este esencialismo cultural, debemos pensar que la identidad se crea al compartir los componentes de una cultura, esto es, los símbolos, los valores y creencias, las actitudes, los espacios y territorios, etc. que el individuo, en cuanto miembro de una comunidad o grupo, entienden como propios y, por tanto, como identificatorios. Por tanto, las identidades, en un mundo global, se construirán en el proceso de interrelación social dentro de sociedades multiculturales, facilitando, de esta forma, el diálogo cultural (Dahrendorf, 2005).

Para ello es fundamental trabajar sobre el concepto de ciudadanía. La interacción sólo es posible cuando el individuo se siente parte de un grupo y los demás componentes le identifican como miembro. Ciudadano es todo aquel que forma parte de una comunidad política y por ello tiene una serie de deberes y una serie de derechos que debe respetar y hacer que se cumplan. La integración del inmigrante pasa necesariamente por sentirse ciudadano de la sociedad en la que reside a través de ser aceptado como miembro de esa sociedad. La primera generación de inmigrantes logra una integración muy básica a través del mercado laboral. Cada vez más se acepta que lo que mueve al individuo a migrar es la necesidad de conseguir recursos para subsistir, de este modo se acepta la presencia del inmigrante en determinados trabajos que son necesarios para mantener la economía de la sociedad receptora. Esta primera generación encuentra una integración laboral pero tiene muchos problemas para encontrar una integración cultural. Sienten el rechazo y tienden a convivir en grupos muy cerrados donde no se cuestiona sus pautas culturales. Esta opción no genera un diálogo entre la cultura que llega y la cultura local, lo que impide crear una identidad cultural compartida.

Por su parte, los hijos de esta primera generación, encuentran aceptación social ya que son ciudadanos nacidos en las sociedades que acogieron a sus padres. Encuentran más espacios para la interacción y aprenden a gestionar su identidad a través de valores compartidos entre la cultura de sus padres y la cultura del país donde han nacido. Sin embargo, el compartir rasgos culturales de dos contextos sociales distintos les genera, en ocasiones, un conflicto importante, ya que la sociedad donde viven rechaza los elementos culturales que han aprendido en su familia. Si este rechazo se generaliza, el individuo puede optar por acercarse más a los grupos que no cuestionan sus valores culturales, produciéndose, de este modo, otro obstáculo para la creación de la identidad cultural compartida.

Esta problemática se resuelve, en muchos casos, cuando llega los llamados inmigrantes de tercera generación, personas que, si bien sus familias provienen de entornos sociales distintos, son ciudadanos con plenos derechos y que, a través de compartir un escenario social, económico, cultural, político, etc., más amplio que el de sus abuelos y padres, renuncian a las tradiciones culturales familiares como instrumento para significarse dentro de la sociedad integradora.

Por tanto, en el mundo de la globalización, donde el concepto de sociedad abierta es una realidad, la ciudadanía, la identidad y la integración, deben entenderse como aspectos fundamentales del proceso de aceptación social del inmigrante (Wolton, 2004). Debemos huir de intentar limitar estos conceptos y entender que los tres elementos forman parte de un proceso continuo que se retroalimenta y que genera un cambio cultural necesario en la actualidad.

6. Algunas ideas para continuar el debate

El periodo en que vivimos está marcado por encuentros culturales de todo tipo. Encuentros que cada vez son más frecuentes e intensos. Sin embargo, a pesar de ser conscientes de que las distancias entre sociedades son cada vez menores, seguimos reaccionamos ante la diversidad cultural que el nuevo escenario social nos plantea. Tal y como nos indica Burke (2010), en el mundo de la globalización, donde los intercambios de todo tipo y entre diferentes sociedad son una realidad, resulta imposible ignorar la tendencia hacia la mezcla y la hibridación. Hay a quien le gusta y defiende este fenómeno, mientras otros lo temen o desaprueban porque cuestiona su forma de entender la realidad. Poco a poco, tal y como nos indica, vamos asumiendo que no existen fronteras culturales cerradas en sentido estricto, lo que hay es una especie de continuidad cultural que se cierra o se modifica con cada nuevo intercambio y con cada nueva relación que establecemos en un contexto social abierto. Por tanto, las sociedades multiculturales que se

han desarrollado al amparo del proceso de globalización, deben empezar a superar la idea de que en el mundo cada uno tiene su lugar y cada lugar una función claramente definida, para comenzar a asumir las múltiples pertenencias que han forjado su identidad a lo largo de la historia, y que aún siguen configurándolas; deberían hacer un esfuerzo para mostrar, a través de símbolos visibles, que asumen la diversidad, de manera que cada ciudadano pueda identificarse con lo que ve a su alrededor, pueda reconocerse en la imagen del país en que vive y se sienta motivado a implicarse en él de una forma más proactiva y menos hostil.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2004): *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI.
— (2013): *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
Berger, P. L. y Huntington, S. P. (2002): *Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.
Burke, P. (2010): *Hibridismo cultural*. Madrid: Akal.
Castells, M. (2006): *Observatorio global. Crónicas de principios de siglo*. Barcelona: La Vanguardia.
Dahrendorf, R. (2005): *En busca de un nuevo orden*. Barcelona: Paidós.
Durkheim, E. (1988): *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Alianza.
Habermas, J. (2002): *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid: Tecnos.
Hormigos, J. (2010): "La creación de identidades culturales a través del sonido", *Comunicar*, 34: 91-98.
Huntington, S. P. (2001): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
Maalouf, A. (2012): *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza.
Millán, A., Sánchez-Mora, M. y García-Escribano, J. J. (2005): "Cultura, civilización e identidad", en: Montreal, J., Díaz, C. y García-Escribano, J. J.: *Viejas sociologías, nuevas sociologías*. Madrid: CIS.
Morin, E. (2009): *Para una política de la civilización*. Barcelona: Paidós.
Parsons, T. (1999): *El sistema social*. Madrid: Alianza.
Schütz, A. (1993): *La construcción significativa del mundo social: introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós.
Sennett, R. (2003): *El respeto: sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama.
— (2006): *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
Tönnies, F. (1979): *Comunidad y asociación*. Barcelona: Península.
Uña, O. y Oda, F. (2007): "Globalización, migraciones y desarrollo", en Uña, O., Hormigos, J. y Martín-Cabello, A. coords.: *Las dimensiones sociales de la globalización*: 65-84. Madrid: Paraninfo-Cengage Learning.
Wolton, D. (2004): *La otra mundialización. Los desafíos de la cohabitación cultural global*. Barcelona: Gedisa.

Breve CV de los autores

Jaime Hormigos Ruiz es Doctor en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Profesor del Departamento de Derecho Público I, Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid) donde imparte las asignaturas de Estructura Social y Sociología de la Empresa y de los Recursos Humanos. Profesor de Sociología de la Escuela Diplomática (Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, Gobierno de España). Sus líneas de investigación son: la cultura y el arte, identidades colectivas y movimientos sociales, las organizaciones y la estructura social. Es miembro del grupo de investigación "methaodos.org". Entre sus trabajos de investigación cabe destacar como autor: *Música y sociedad. Análisis sociológico de la cultura musical de la posmodernidad* (Fundación Autor, Madrid, 2008), *Materiales didácticos de sociología de la Empresa* (OMM, Madrid, 2011), y como colaborador: *Las dimensiones sociales de la globalización* (Paraninfo-Cengage Learning, Madrid, 2008) y *Musyca. Música, sociedad y creatividad artística* (Biblioteca Nueva, Madrid, 2010).

Francisco Oda Ángel es Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor del Departamento de Derecho Público I, Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid) dónde ha impartido clase de Estructura Social, Teoría de la Comunicación, Opinión Pública y Sociología. Ha sido Jefe de Estudios de la Escuela Diplomática (Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación. Gobierno de España), Director del Instituto Transfronterizo del Estrecho de Gibraltar (La Línea de la Concepción, Cádiz), y ha desempeñado su labor como periodista en distintos medios de comunicación: Cadena Ser, RNE, etc. En la actualidad ejerce como Director del Instituto Cervantes en su sede de Gibraltar. Sus principales líneas de investigación son: el multiculturalismo, las sociedades de frontera, las relaciones internacionales y las dimensiones sociales de la comunicación. Entre sus trabajos de investigación cabe destacar como autor: *Gibraltar. La herencia oblicua: aproximación sociológica al contencioso* (Cádiz: Diputación provincial, 1998), y como colaborador: *Introducción a la psicosociología del derecho* (Madrid: Dykinson, 2004); *Inmigración e información* (Asociación de la Prensa del Campo de Gibraltar, 2004) y *Las Dimensiones Sociales de la Globalización* (Paraninfo-Cengage Learning, Madrid, 2008).